

Ugolino Stramini llevaba uno de sus trajes de pata de gallo grises y ceñidos. Con eso no transigía desde los tiempos del instituto: hasta al examen de reválida se presentó con un traje de pata de gallo. La consideraba un revestimiento que, estaba convencido, confería a su cuerpo de pequeño lebrél cincuentón un aspecto decoroso y ágil al mismo tiempo. Una agilidad, creía él, no muscular, no visible, sino sustancial.

–¡Agua, agua! ¡Agua del cielo!

–¡Empapados!

–¡Sumergidos!

Exclamaban tres hombres con batas blancas.

La pata de gallo asustada de Ugolino se vino abajo.

Perdió el contacto con la habitación, sintió que la luz opaca del día no conseguía calentarle y le pareció, de repente, como si no tuviera porvenir ante él ni pasado detrás.

Los tres lo miraban sin compasión y él flotaba en el resplandor que sigue al temporal: «Me siento como en un frente ocluido... ¡un frente ocluido! Y esos tres, ¿a qué están esperando?».

Miró por la ventana y vio con claridad el alto cúmulo castellano con sus torretas en lo alto: allí estaba, allí estaba y él ni siquiera lo había mirado.

–Aire inestable y húmedo, profesor, ¡bien lo sabe usted!  
¿No lo ve?

–¡Pequeñas torres, parecidas a las almenas de un castillo!

–¡Carácter tormentoso, hablando en plata, profesor!

Ugolino balbució alucinado:

–¡Altas temperaturas a nivel del suelo! ¡Lluvia, en una palabra!

Aquellas nubes almenadas no se alejaban, ni tampoco esos hombres en bata. Se puso colorado, con las manos amenazadoras por delante, la pata de gallo brilló y Ugolino gritó con su voz de roedor aunque con orgullo:

–De acuerdo, se ha equivocado –empleó la tercera persona–, ¡el profesor Stramini se ha equivocado totalmente! Llevaba veintiséis años pronosticando el clima, previsiones globales y previsiones específicas, condecorado por la WMO, citado en el *Atlas Internacional de las Nubes*, y citado más de una vez, pronosticador e intérprete! ¡Heliografos, anemómetros eléctricos y de placa oscilante, estaciones termométricas! Inútil, todo inútil, ¿es que el pasado ya no existía? ¿Que el obispo, el alcalde, el concejo municipal se han mojado? ¿Y qué? ¡Ya se secarán! –gañidos más intensos–. ¿Y qué? ¿Es que queréis la esquila del profesor? ¡Os equivocáis, no lo conseguiréis!

–Llovía, profesor: veinte mil personas...

–Lluvias persistentes...

–Interminables y violentas: una desbandada...

Toda la sangre se le agolpó en la pata de gallo y en la cabeza, y Ugolino, transfigurado, gritó:

–¡Fuera! ¡Marchaos! ¡Mi despacho ha de ser un santuario para vosotros! ¡Nunca he dicho que fuera infalible! ¿Veinte mil personas? ¿Una desbandada? ¡Peor para ellos! Haber salido con un paraguas, como hago yo aunque luzca el sol: con un paraguas, ¿entendido? ¡Llevabais años esperando un error mío, mientras yo veía cada día vuestras burradas! Vamos... ¡Fuera de aquí!

Se quedó solo, sentado ante su escritorio, orientado hacia el ventanal y el cielo, sujetándose su minúscula cabeza entre las manos. Después miró aquellas nubes, que tenían ahora inocentes bordes dorados y un aspecto apacible, de color púrpura.

Ugolino Stramini era un meteorólogo solitario. Durante veintiséis años, tras su licenciatura en Física, había proporcionado cada día los datos sobre el clima de las veinticuatro horas anteriores y pronosticado el de las veinticuatro siguientes, al principio desde la pequeña estación del Monte Tallone y después en estaciones cada vez más importantes. Siempre concentrado y siempre emocionado por el tiempo que hacía y por el que iba a hacer.

El curso de los años había hecho que Ugolino transformara su ciencia inexacta, por más que no dejase de ser una ciencia, en algo distinto.

Las nubes y el viento. Fueron precisamente el viento y las nubes los que le iniciaron en la nueva experiencia.

La primera observación había venido del viento, de ese que desde el norte fustigaba una mañana Monte Tallone, así como su nariz veleta. Estaba en la terraza y la tramontana le había obligado a replegarse sobre sí mismo para no disipar su calor. Con la espalda y con los hombros, advirtió, se le habían replegado también el corazón y el humor. Más tarde, habían bastado los radiadores para que se desplegaran y abrieran de nuevo corazón, espalda, hombros, humor.

Algunos días más tarde, observando una tonalidad rosácea bajo las nubes medias iluminadas por el sol naciente, anotó que hacia Oriente estaba sereno y el aire era pobre de humedad. Se tomó el pulso y observó cierta disminución. Las nubes se resquebrajaron y adoptaron la forma de un surtidor, estrías blancas que atravesaban el cielo limpio. Calculó la velocidad del viento en cotas altas: ciento cuarenta nudos, doscientos cuarenta kilómetros por hora. Pulso acelerado, espalda encorvada.

«Bah, ya se sabe que el clima nos influye, ¡menudo descubrimiento, Ugolino, menudo descubrimiento!»

Pese a todo, empezó a registrar, junto a isobaras y milibares, la velocidad de su pulso. Después, con el tiempo, enriqueció las notas con la presión sanguínea, añadió las variaciones del apetito y del humor según una escala ideada por él mismo, anotó sus reflejos y sus ganas de trabajar.

Pasaron los años. Los parámetros se multiplicaban, cada vez más difíciles de medir. Dio un metro a sus pesares, a sus pequeños –así los consideraba él– miedos y a los sentimientos. Y como hombre de ciencia dispuesto a sufrir por aquello en lo que creía, consignaba otros datos de su propio cuerpo sacándose diez centímetros cúbicos de sangre con cada nueva perturbación.

Conocía los límites de su propio trabajo. Sabía que ninguna medida humana es completamente exacta. Hasta su pascal, su unidad de medida, era aproximada. Qué pensar de las mediciones que realizaba él, un pobre pronosticadorcillo.

Siguió adelante y del individuo pasó a los grupos. De los grupos a la comunidad y, al borde de los cincuenta años, acabó considerando un paralelismo desmesurado entre la meteorología y la especie humana entera.

Nació así la climatología social.

Ugolino mantenía oculta esa ciencia suya y seguía vistiéndose con sus trajes de pata de gallo algo raídos.

–¡Me he equivocado, Costante! ¡Como un pronosticador de televisión cualquiera! Más de veinte mil personas se han empapado... una parte enfermará... alguno de los más débiles tal vez muera...

Desde hacía casi once años, todas las tardes a las ocho, en la misma mesita redonda de mármol, se reunían en el Gran Café Onírico en el paseo de los Tilos y pedían algo tras una meditación silenciosa de diez minutos por lo menos.

Costante Verderame, tres años más joven que él, era amigo de Ugolino desde los tiempos de la universidad, y su amistad acídula había sobrevivido a los distintos caminos que habían tomado ambos muchachos. Costante se había entregado –así lo decía él– a la literatura, y a sus cuarenta y siete años era asistente universitario de la cátedra de Literatura Medieval, donde por encima de él se cernía dolorosamente la exuberante personalidad del profesor Domenico Sperlengo, quien solía presentarse siempre diciendo: «¡Encantado, Domenico Sperlengo, Catedrático!», con la C mayúscula, y si estaba Costante, lo presentaba también: «Aquí, mi ayudante». Costante, con aquel «mi», se sentía triturado.

Esmirriados ambos, Costante con cuerpo y cara de saltamontes miope, vestidos de la misma manera –los dos amigos tenían en su guardarropa trajes de todas las tonalidades de gris–, eran tan homogéneos que parecían hermanos, y de hecho los camareros jóvenes del Onírico creían que lo eran.

Eran de esos hombres que, solos y más aún en pareja, vistos los domingos por las aceras desiertas emanan una tristeza urbana que no evocan, sin embargo, en los días laborales, ocultos entre la multitud.

Costante empezaba a menudo la conversación diciendo que era una cosa muy complicada pero que por algún sitio había que empezar, pero esa vez fue directo al grano:

–¡Qué exagerado! ¡Tú, precisamente tú, dejarte arrastrar de esa manera! ¡Este té huele a lavanda! Y además, ¿no eres tú quien me ha explicado el número de ese fulano...?

–De Richardson... ¿Y qué cambia eso?

–¿Es que de pronto te has olvidado de que en eso de la meteorología hay mucha inestabilidad? Y acuérdate de que incluso el Sumo...

Ugolino estaba nervioso y la voz se le volvió aún más aguda:

–Ya sé, ya sé que incluso el Sumo se equivocó... pero contigo puedo ser sincero: ¿sabes qué hubiera sido suficiente? Bueno, pues hubiera sido suficiente con que yo mirara al cielo. Allí estaban las nubes castellanas aposta para advertirme... hubiera sido suficiente con un poco de humildad y con que levantara esta nariz inútil que siempre dejo que se deslice hacia abajo. Desde abajo llegan los malos olores.

Costante se encendió uno de los cinco cigarrillos acordados con el médico, miró fijamente a su amigo con uno de sus ojos laterales y se mostró alegre a su manera:

–Bah... la humildad es un disfraz del orgullo. Ugolino, estamos en la época de las enfermedades, todo nos lo recuerda, protejámonos. No debemos alegrarnos demasiado y no debemos apesadumbrarnos demasiado. Tendríamos que haber aprendido algo de equilibrio, ¿no? ¿Pues entonces? ¡Mejor, mucho mejor un error que una enfermedad!

Costante resultaba poco soportable y Ugolino prosiguió por su cuenta:

–Allí están todos esperando un error. Entonces, cuando llega, te ponen verde y se regocijan... Sí, regocijados estaban esos tres asnos...

Costante miró a lo lejos, donde solo veía sombras:

–Era yo un estudiante lleno de forúnculos cuando...

Ugolino se impacientó:

–Eras un estudiante lleno de forúnculos cuando descubriste que habías sido concebido para estudiar la poesía... ya lo sé, ya lo sé... pero ¿qué tendrá eso que ver con las nubes castellanas? Yo hablo de una cosa y tú de otra... ¡Más nos valdría sentarnos en mesas distintas!

Costante se convertía en una taladradora, siempre pasaba igual:

–Canto vigésimo séptimo del *Purgatorio*: hacía pronósticos del tiempo él también, y sabía de dónde surgían el rayo y la nube... A propósito, ¿mañana hará buen tiempo?

–Hará buen tiempo.

–De modo que la falibilidad natural de un hombre no debe ser la medida del hombre mismo que...

Ugolino sabía cómo interrumpirlo. Si alguien empezaba a recitar versos, Costante tenía que completarlos a la fuerza, una fuerza que no dependía de él, como el movimiento reflejo de quien recibe un golpecito de martillo en la rodilla, por un automatismo. Mejor si los versos tenían rima. Por ello, Ugolino hizo lo que siempre hacía cuando ya no lo soportaba:

*Mejor acudir con la cabeza rubia,  
que una vez que fría yacía en la almohada,  
te peinó con hermosas ondas el cabello...*

Costante no opuso resistencia, dejó de golpe su razonamiento en el aire y completó con los ojos cerrados:

*tu madre... despacio, para no hacerte daño.*

Ugolino miró el reloj: eran las veinte horas. Sí, el té se había vuelto agrio.

A aquellas horas se alegraba el viento en la ciudad –como Ugolino había dejado claro en un pequeño volumen de cin-

cuenta páginas titulado *Vientos y brisas costeras*—; y para los dos fue agradable volver a casa andando, siguiendo cada uno su propio camino.

Se despidieron como dos hermanas solteras después de un desacuerdo.

En casa, el pronosticador se comió el estofado que había preparado la mujer que venía tres veces a la semana, anotó algunas reflexiones sobre su propio comportamiento durante la lluvia, escuchó un poco de música inquietante recomendada por su amigo y, no sereno en absoluto, se acostó. Antes, sin embargo, dobló a la perfección su traje de pata de gallo y sacó otro más ligero del armario. Había previsto para la mañana siguiente una coincidencia de elementos que, en pocas palabras, debían producir un bonito día templado. Con aquella pata de gallo fina sorprendería a todo el observatorio.

Durmió mal y la noche fue una sucesión de despertares, remordimientos y sueños nubosos.